

ÁNGEL ZAPATA: *Pleroma*, Logroño, Pepitas de calabaza & Los aciertos, 2023, ISBN: 978-84-19689-01-6, 96 pp.

ANA MARÍA DÍAZ PÉREZ
Universidade de Vigo
anamaria.diaz@uvigo.gal
 <https://orcid.org/0009-0000-9527-7608>

Han pasado más de cincuenta años desde que Jean Schuster proclamara la clausura del surrealismo histórico y, sin embargo, la defensa de la imaginación y el sueño como motores revolucionarios son constantes a las que la literatura actual difícilmente puede sustraerse. La Editorial Pepitas y la colección El kilómetro nueve, donde se inscriben aquellas ficciones en las que «todo es posible», en palabras de los editores, aceptan ahora el reto al cobijar los textos orgullosamente inclasificables de *Pleroma*. Entre el cuento, la greguería y el aforismo, divididas en cinco secciones (con varios fragmentos de apertura y epílogo), las prosas de Ángel Zapata reclaman, sin embargo, a un lector de poesía: por su demora, su búsqueda atenta. La cercanía con respecto a este tipo de expresión y la apertura que ofrece («Todo lo que no sea decir a medias rema en la dirección equivocada» [p. 88]) es la advertencia inicial de una obra que, frente al confort de los géneros, ofrecerá una abundante dosis de estupefacción y juego experimental.

Las primeras páginas ratifican la pertenencia del autor al Grupo Surrealista de Madrid a través de una sucesión de oraciones irreverentes, de aparente automatismo, que invitan a abandonar la coherencia y el orden. En estos episodios, el autor dobla la apuesta que ya había planteado en *La vida ausente* (2006) y *Luz de tormenta* (2018), su antecedente más cercano, y que viene avalada por su larga trayectoria como cuentista, traducida también en ensayos como *La práctica del relato* (1997) o *El vacío y el centro. Tres lecturas en torno al cuento breve* (2002). A pesar de que continúa con una distribución semejante a *Luz de tormenta*, *Pleroma*, en cambio, desecha ahora toda apariencia de linealidad y cohesión interna para dar un papel central al fogonazo de cada uno de los enunciados.

Fiel al surrealismo, Zapata ha buscado construir una realidad otra, animada por el poder de aquel «estupefaciente imagen» que había reclamado André Breton; el «ágata mental» que, más allá de la orfebrería estética, debe traer otros saberes, otros modos de ver el mundo. Si bien el salto entre imágenes no supera los márgenes de esta tradición, lo cierto es que sí se hacen responsables de la labor que asumen como taladro de la conciencia y, consecutivamente, como

crítica del *statu quo*. La reivindicación del azar, el deseo, el sueño y la lógica alternativa atraviesan entonces las páginas de *Pleroma*, desde la «borrasca que bebe una pócima en la que ha diluido lo Inexplicable» (p. 27) a una Relatividad que «A modo de venganza [...] se abre la gabardina en la puerta de todos los colegios» (p. 24). Marcadas por un humor que desvela la gran lucidez del absurdo, su misión, tan ancestral como literaria, es derribar los muros de la razón, las convenciones y el dogma.

Aunque no escasean las imágenes delirantes propias de la vanguardia («un girasol parlante» [p. 24], «injertos de vello público» [p. 23], «ombligos movidos con vapor» [p. 78]), las analogías («luces trepadoras» que son «Plantas acuáticas privilegiadas por la Lucidez» [p. 46]) o los oxímoros («En los rostros, una estabilidad desorbitada» [p. 39]), desde un comienzo la definición de *Pleroma* como «totalidad de lo real» y «plenitud vacía, inmanifestada, virtual» (p. 9) en la tradición gnóstica muestra que la obra va mucho más allá del juego verbal. Los textos invitan a la búsqueda de un misterio que todavía no ha sido nombrado, pero es posible («lo Inexplicable» [p. 27], «lo Increado» [p. 34], «lo nonato» [p. 54], «lo Inconcebible» [p. 60], «lo Indescriptible» [p. 65], «lo impalpable» [p. 68] o «La Nada» [p. 88]), y se halla de forma virtual. Curiosamente, el título de la obra lleva consigo dos aspectos no tan publicitados del surrealismo internacional: el gusto por las tradiciones herméticas y su no lejana relación con la mística. En consecuencia, la sacralidad del vacío subyace a textos como «Nada de lo esperado» o «A ojos cerrados» y la caída desde un Principio como degradación de un Todo, condiciona la imagen de la Estalactita que abre el libro. Ejemplificado con otros episodios como el Descendimiento cristiano, el trabajo de ascensorista o naufragios de viajeros noctámbulos, tal bajada desde el Origen es un regreso al tiempo cronológico que recuerda la condición mortal de Ícaro, pero también las imágenes visionarias de *Altazor*.

No obstante, la voz de estas prosas, con frecuencia en primera persona, no habla desde el mundo de las altas esferas ni incita a un camino de perfección, sino que reconoce su pertenencia a una materialidad que abraza con actitud crítica, pero sin nostalgia de las esencias. En este presente, la búsqueda de la maravilla es también la conciencia del abismo. Por ello, son numerosos los textos que, entre el humor y el extrañamiento, expresan esa fragilidad. La intemperie vital y la perdida de la inocencia atraviesan títulos como «Amor fati» («El desamparo hace gestos suaves como si escondiera un grillo en el puño. / Eso resume lo que quería decir» [p. 46]), «Luz transeúnte» («Un azar veteado de relámpagos quiere abrir puestos de socorro» [p. 52]) o «Espiral» («nadie intenta definir ‘jadeo’, hay lenguas gigantescas en los

balcones, pupilas amaestradas, odios sumándose a otros odios / El peso de vivir le alquila dos esquís a las estalactitas, y ahí va: ladera abajo. Por eso este immenso vacío» [p. 55]). Se trata del mundo tal y como lo conocemos en su apariencia, aquel de las clasificaciones, la injusticia social, el enfrentamiento de contrarios, la incertidumbre, o, incluso, el que desencadena la ausencia de deseo, ironizada en «Anudamiento», «Aún» o «Cuarto menguante».

Frente a estos «derrumbes silenciosos» (p. 89), *Pleroma* ofrece una supervivencia en el humor. De falsa apariencia naíf, el humor de estas composiciones salva la distancia que el simbolismo de la obra había generado con el lector. Estrafalario, disparatado y brillante, el afán lúdico de estas oraciones con frecuencia conjuga una aparente sencillez con lecturas más oscuras: «La idea de nacer me la dio un gilipollas en Seattle, de mí no habría salido algo tan drástico» (p. 37); «En el infierno sirven ginebra gratis, aquí ni eso» (p. 76). Solo a través de él puede mantenerse el estado de alerta y el juego con el lenguaje que garantiza un cambio constante en la perspectiva. En otras ocasiones, Ángel Zapata no da las claves de este rompecabezas y debemos contentarnos con pasear por los nuevos escenarios oníricos que nos abren sus imágenes. Paradójicamente, la ruptura con la realidad se produce también a través de lugares y nombres concretos que otorgan extraña precisión a un universo de por sí abstracto: desde Islandia (p. 23), Ciudad del Cabo (p. 80) a Saint-Amand-les-Eaux (p. 82) o los moteles de Oakland (p. 33), con un vaso de Pernod (p. 47) u otro de Oporto (p. 40).

Esta dificultad en la lectura no invita a las multitudes, pero recompensa el esfuerzo a través del caleidoscopio de sentidos que ofrece cada frase. La originalidad de la obra viene dada también por los materiales esquivos que unifican los cuentos, semejantes a la vida fragmentada y arbitraria que representan, pero también a la calidad mágica de esa visión surrealista que Zapata quiere ayudarnos a descubrir entre los rincones. Mientras la primera sección mantiene todavía una impresión de coherencia interna del relato, esta sensación irá desapareciendo con rapidez para dejar paso a oraciones que se sueltan en diferentes líneas y se van despojando de los nexos lógicos que las unen. Vagabundeando, buceando, sin violentar la sintaxis, cada episodio conduce hasta esa realidad oculta a través de la personificación, el uso de adjetivos sorprendentes o, simplemente, mediante el desplazamiento constante de los términos de su semántica habitual. Tal salto le permite conformar analogías o leves asociaciones, que muchas veces son el elemento cohesionador más reconocible de estas prosas. Así ocurre en «Todas las vidas» con un papagayo que es arcoíris, nube, blanco y mantequilla de la puesta de sol (p. 36); en «Carrusel», a través del magnetismo del deseo (p. 63); o en «Estuario», mediante la forma

sinuosa del río, que deviene haz de arterias y enredaderas (p. 69). La corriente del pensamiento fluye en esta obra con giros insospechados que traen lecturas nuevas y recuperan en el siglo XXI la capacidad experimental del cuento de vanguardia. *Pleroma* circula con el sosiego de quien se sabe heredero de un «surrealismo eterno», en tanto estética, ética o filosofía. De este conjunto recupera saberes conocidos, pero con la sutileza y compromiso de quien sabe reconocer su función en el presente.